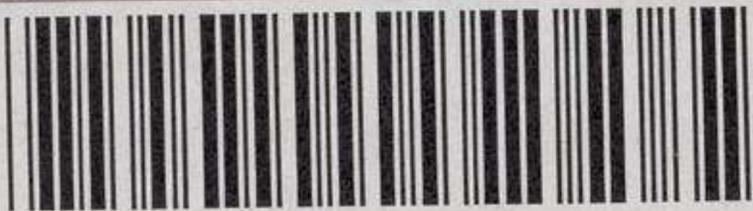


SM/C2/13

SM
C^a2
13

5-



1055133

SM C*2 13

2521
MER 37

CARTA PASTORAL

QUE EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR

D. MANUEL MERCADER Y ARROYO,

OBISPO DE MENORCA,

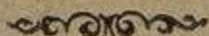
DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESIS

EN EL DIA DE SU ENTRADA SOLEMNE

EN LA MISMA.



CIUDADELA.



TIP. DE S. FÁBREGUES, CALLE DE ISABEL II.

1876.

B-297A

Reg. por un Amigo de la

Biblioteca

Año 1898



NOS EL DOCTOR DON MANUEL

MERCADER Y ARROYO, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Menorca, Caballero Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, individuo correspondiente de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, etc.

A nuestros venerables Hermanos Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, Reverendos Párrocos y demás Eclesiásticos de la diócesis, y á nuestras predilectas Hijas las Religiosas, y muy amados y considerados fieles :

«La gracia y la paz sean con vosotros.» Os saludamos, amados nuestros, con la salutacion apostólica. No hemos aprendido, ni sabemos otra. Indigno sucesor de los Apóstoles, y como ellos ungido y enviado de Dios, venimos á desempeñar entre vosotros la mision que Dios mismo, venciendo nuestras resistencias, hijas, bien lo conocemos, de nuestra propia debilidad y pequeñez, ha querido, *por voluntad suya*, impo-

neros, para que mantengamos entre vosotros viva y radiante la antorcha de la fé, que en esta afortunada isla se encendiera á los primeros albores del cristianismo, corroboremos el aliento de vuestra esperanza en las promesas de inefables bienes hechas por Dios á los que observan su santa ley; y fomentemos los vuelos de vuestra caridad, de modo, que condensando en el purísimo amor de Dios todos los castos amores, cumplamos con él, cumplamos con nuestros prójimos, cumplamos con nosotros mismos como verdaderos hijos de Dios, extraídos por medios solo suyos de la masa de perdicion para la eterna bienaventuranza, amamantados á los pechos de esa madre de las madres, la Santa Iglesia Católica, que rodea de amor y consuelos nuestra pobre vida, y nos abre al fin de ella las puertas de los cielos.

Dios, en su infinita misericordia, ha puesto la mano sobre la desventurada nacion española, cuando mas confusos y destruidos parecian sus constitutivos elementos. Sobre las ruinas que la revolucion en medio siglo de imperio ha acumulado, sobre los regueros de sangre y cenizas de que surca esta generosa y noble tierra con sus odiosos motines, con sus interminables guerras civiles, sobre la babel de las ideas y desconcierto universal de los espíritus, cuando no se oyen los hombres unos á otros, cuando nadie se entiende, cuando se busca lo desconocido porque se olvida ciegamente el pasado, y porque el presente aflige y ano-

aada , produce Dios un cambio favorable á la salud de las almas , ya valiéndose de la inconsecuente fiereza de una democrácia escarmentada, y por el pronto arrepentida , que en medio de sus delirios aun atina á volver sobre sí , y *pide á Dios perdon y á la historia olvido* ; ó ya aprovechando la afortunada reaparicion de la ilustre sangre de los Alfonsos y Felipes sobre el desgarrado sòlio de San Fernando , un tiempo y por la fé dueño y señor de dos mundos ; y Dios mismo abre paso á las ansias del Romano Pontífice ante la viudez de tantas Iglesias , para que se vayan ocupando las sillas episcopales , gloriosas en su soledad por el esplendor de las virtudes y saber de tantos hombres grandes con la grandeza del cielo, que han venido sentándose en ellas.

Bañada en lágrimas y traspasada de dolores la Iglesia de España ¡qué satisfaccion no es la suya al ver tantos Prelados á la vez ir ocupando las sillas vacantes! ¡Oh, España , si comprendieras bien el don de Dios, y supieras debidamente apreciarlo! ¿Qué otro pueblo del mundo se te podria comparar? Acuérdate de tus antiguas glorias, y del principio y causa á que las debes... Acuérdate España, que incapaz de elevarte á la unidad nacional por razon de las repentinas y contrapuestas irrupciones que han matizado de las mas heterogéneas razas tu territorio, en el que se distingue el génio de los pobladores por la division de tus provincias, y su origen por la diversidad de idiomas,

se necesitaba un lazo comun que salvando esos contrastes, y prescindiendo de los cursos de los rios, y de los linderos de los valles, y de las siluetas de los montes,—en una palabra, de todo lo que ahora, en puro materialismo, se considera como elemento para la formacion de las nacionalidades,—sujetára, en elevacion de espíritu, á todos estos naturales á vivir en dulce y blando consorcio, les hiciera amable la mútua correspondencia, y los constituyera en una gran familia de hermanos. Solo la uniformidad en la fé religiosa, la unidad católica, sometiendo el sagrado de las conciencias, donde no alcanzan las leyes humanas, á las prescripciones de un plan general de salvacion, y de aspiracion á una felicidad mas grande que todos los atractivos de la vida terrena, podia realizar este prodigio: el de dar una pátria única en la tierra á los que destinaba para la posesion de una misma bienaventuranza en el cielo.

Y ninguna otra como tú, tierra preciada de Menorca, hermosa perla que graciosa asomas entre los móviles pliegues del Mediterráneo, expresamente señalada en el curso providencial de tu historia por el dedo de Dios, que te resucita de la muerte del paganismo mediante el contacto de los huesos del gran protomártir San Estéban, como resucitó á aquel difunto del sagrado libro de los Reyes al contacto de los del profeta Eliseo; que te salva del obcecado judaismo y del arrianismo gótico, mediante la predicacion de aquel

grande Obispo, tu esclarecido apóstol Severo ; que te libra del cenagoso mahometismo , mediante la invencible espada de nuestros reyes de Aragon ; y hoy mismo , bajo la proteccion visible de la SSma. Vírgen María , patrona de España y madre de Menorca , te preserva de las emanaciones pútridas del cadáver del protestantismo , de ese mónstruo de cien cabezas , que en vano hay en la vieja Europa diplomáticos empeños de galvanizar , porque pasó su tiempo , porque ha consumado el curso natural de los errores , que es crecer, dañar y morir... ninguna otra como tú , dichosa entre las mas dichosas , que favorecida , digámoslo así, sin competencia , gozas de la integridad de tu fé , de las expansiones de tu piedad , de las solemnidades de tu culto, garantizado todo con la presencia de tu Obispo; y esta presencia se te concede sin un momento de interrupcion , de manera que en el mismo punto que pronuncia la boca del sucesor de Pedro , en quien está fundada la firmeza de la Iglesia , el cese del Obispo saliente, pronuncia la preconizacion del Obispo entrante. ¿Porqué, cuando otras diócesis llevan de orfandad tantos ó pocos menos años que lleva la última fase revolucionaria de azotar la Iglesia de España , tú , entre todas , y privilegiada como pocas , no pierdes un solo instante los atavíos de esposa , ni piensas en vestir las tocas de la viudez ; sino que te muestras radiante de gozo y amor con la corona de tus inocentes alegrías, y con la faja pectoral de tus castas complacencias?

Unicamente la importancia de la persona que se te destina para continuar desde este dia la sucesion de tus dignísimos Obispos, nuestra pobre é insignificante persona, es la que dista mucho de subir al nivel de tu mérito y tu valor. ¿Subirá empero al de los desig- nios de la providencia divina? ¿Porqué nó, si el Señor se engrandece y glorifica al escoger lo mas vil y ab- yecto de este mundo para hacer sus obras, para coronar sus fines, y para que aprendan y entiendan todos que su mano omnipotente es la que inventa y ejecuta, la que desarraiga y planta, la que destruye y edifica, la que como en el presente caso, ofrece á los ojos de los pueblos fieles un hombre deslucido y oscuro, en quien, haciéndose inapreciable y como invisible la propia pe- queñez, nada mas se vea que la mano de Dios, ni otra cosa resplandezca que la luz de Dios?

Hermanos carísimos: doctrina es del Apóstol: «las co- «sas flacas del mundo escogió Dios para confundir las «fuertes, y las cosas viles y despreciables del mundo «escogió Dios, y aquellas que no son, para destruir «las que son; para que ningun hombre se jacte delan- «te de Él: y por el mismo sois vosotros en Jesucristo, «el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, y jus- «tificacion, y santificacion, y redencion, para que «como está escrito, el que se gloria, gloríese en el «Señor.»

No nos gloriamos. Sea no obstante para mayor glo- ria de Dios y profunda humillacion nuestra lo que pa-

samos aquí á apuntar. Abriéronse á la luz nuestros ojos en aquella ciudad de la península que mira á vuestras risueñas playas, y á la que parece vinculada la capitalidad de todos los adelantos y progresos laudables: Barcelona: y no lo citamos por propio engreimiento, sino por recordaros con un placer inocente bajo las palabras del cronista Muntaner, de como en la reconquista fué esta isla *poblada tota de bona gent catalans, tots donrrat lloch y de bó, com negú lloch pot esser be poblat*. Decímoslo por señalar en punto á paisanaje nuestra comun procedencia. Unas mismas brisas, puede decirse han creado al nacer nuestras frentes; nuestras cunas se han mecido al sonoro arrullo de unas mismas olas; y al despegar los labios, articulóse igualmente nuestro vagido con la sin par energía y viveza del idioma lemosin. ¡Oh, amados diocesanos, con qué facilidad se comprenderán y compenetrarán nuestras almas, al departir con vosotros sobre las cosas de Dios, y los intereses que nos son mas caros!

Originaria nuestra familia de las montañas de Ager en la provincia de Lérida, en su capital se nos proporcionó el cursar los estudios superiores de la carrera eclesiástica, recibiendo del Excmo. Sr. Duque de Medinaceli la honrosa merced de un beneficio laico, fundado por sus mayores en aquella santa iglesia catedral. Que el Señor dispuso se informase nuestra limitada inteligencia en la ciencia divina, en cuyos arca-

nos habiamos de atesorar la doctrina del Crucificado, con qué venir, como hoy venimos, á dar pábulo á vuestra fé y regir vuestras conciencias, precisamente en esa misma Lérida, esa ciudad conciliar de los nobles recuerdos para la historia de la Iglesia y la historia patria, que generosa dió sus hijos para la reconquista de Ibiza y la repoblacion de Valencia; en esa Lérida, donde resonára potente la voz del inclito rey D. Pedro III de Aragon, cuando como Aníbal en manos de su padre Asdrúbal, y al pié de los sagrados altares, proclamaba y juraba la reconquista de la isla de Menorca en aquellos términos que vuestros monumentos públicos reproducir debieran con letras de oro en multiplicados mármoles y bronces, ya que *tenint lo senyor Rey son consell en la ciutat de Lláyda ab los comptes, barons, cavallers, arquebisbes, bisbes y demás prelats de son regne, als parlá d' aqueixa manera: Egregis, nobles, magnífichs é molt savis senyors é molt faels vassalls meus, aixi com lo molt alt Senyor é Rey Pare meu, en Jacme de recordable memoria, ha conquistada la Illa de Mallorques é lo nom de Deu hi es invocat lloat y benehit; aixi també jo me he posat en lo meu cor que per semblant conquesta he jo de conquistar facilmente la Illa de Manorca, á fi de que LO SANT NOM DE DEU É DE LA SUA MARE LA VERGE MADONA SANCTA MARÍA É DE TOTA LA TRINITAT É CORT CELESTIAL HI SIA INVOCAT, LLOAT Y BENEHIT; per lo que care-*

ment eus prech é eus ammonest que m' vollats aconseillar e socors é ajuda prestar , perque lo que me propós pugua á perfecció aportar.

Ved pues qué acto mas providencial, ni que recuerdo mas grato podia ofrecerse á nuestra consideracion, que el desarrollarse la adolescencia y formarse la educacion de vuestro Obispo entre los ecos que aun resuenan en aquellas verdes colinas de nuestra siempre cara Lérida, entre aquellos rumores que todavia llenan los aires de misteriosa armonía con el blando susurro de las hojas y el dulce trinar de las avecillas del cielo, repitiendo á todos los siglos las nobles protestas del rey D. Pedro; *¡Que lo sant nom de Deu e de la sua Mare la Verge Madona Sancta Maria e de tota la Trinitat e cort celestial hi sia—en la Illa de Manorca—invocat, lloat y benehit!* Renacimiento cien veces glorioso el de nuestra isla libertada de la podredumbre sarracena, no pará dilatar los dominios de ningun soberano, no para satisfacer ambiciones sórdidas, no para adelantar conquistas revolucionarias, ni para desplegar civilizaciones de talco y de carton-piedra; sino para difundir el reino de Cristo, y ensanchar los términos de su santa Iglesia, que es la verdadera civilizacion, esmaltada sobre el oro de la fé, y enriquecida con las piedras preciosas de las virtudes cristianas.

Así aconteció que prevenido Don Pedro III por la muerte, volára su hijo Don Alfonso III á coronar los votos de su excelso padre, desembarcando triunfante

en Menorca, de la manera que por la historia os es conocida. Su mision toda civilizadora fué la del gran restaurador cristiano: *Instaurare omnia in Christo* (*Ad Ephes. 1, 10*). *Ell pensá (lo senyor Rey d' Aragó) dice Ramon Muntaner, que VERGONYA li seria que la Illa de Manorca tinguessen Sarrahins, é aixi que era bó quels ne gitás, é la conquerís, é quen llevés d'affany son avordo lo Rey de Mallorques, e que MES VALIA QUE LI RETÉS LA ILLA DE MANORCA POBLADA DE CHRISTIANS, QUE NO FEYA QELS SARRAHINS HI HAGUESSEN LEXATS.*

Vergüenza, y grande, abrasaba las mejillas del católico rey Don Alfonso de consentir la isla en manos de sarracenos, pudiendo poblarla de buenos cristianos; como vergüenza y grande nos haria morir de pesadumbre, si por flojedad de los ánimos, si por un indiferentismo punible, nuestra querida isla, no lo permitirá Dios, viniese á caer en manos de los modernos musulmanes, que no obstante la gracia y carácter que recibieron con el santo bautismo, son cien veces peores para la causa de la civilizacion cristiana que los nacidos en las laderas del Riff, ó en las playas de Angola. Como llegase á apoderarse de la isla el moderno espíritu musulman, hablamos del resucitado paganismo desarrollado en Europa al calor de la corrupcion de los pueblos, no habria entonces que esperar viniesen de fuera nuevos pobladores para hacer la isla agradable á los ojos de Dios: los nuevos pobladores sois vosotros,

amados diocesanos; de entre vosotros, exclusivamente, ha de brotar lozana la vida de la comunión cristiana, tal como la entiende, dirige y vivifica la Iglesia Católica.

Cerremos aquí nuestro incidente biográfico. Debíamos entrar en ajustado noviciado, antes de profesar la vida pastoral, cuya misión nos trae entre vosotros. De la dirección de este noviciado se encargó el Excmo. é Illmo. Sr. Obispo D. Pedro Cirilo Uriz y Labayru, de imperecedera memoria, al ser trasladado en 1862 de la sede de Lérida á la de Pamplona, uniéndonos así, mas íntimamente que no habíamos estado en Lérida, á su sagrada persona por medio del nombramiento que de la inhábil nuestra hizo para el cargo de secretario suyo de cámara y gobierno. En Pamplona, á los diez meses de su instalación, nos designó en su turno para ocupar una de las sillas canónicas de aquella entre las mas ilustres ilustrísima iglesia catedral, antigua basílica, templo y sepulcro de los gloriosos reyes del Pirineo, mantenedores de la religion y nacionalidad pátrias, que por dos veces reedificáran aquel monumento suntuoso, colmando á sus residentes de toda clase de bienes y honores, como el de decretar la dignidad de príncipes para sus canónigos, y el goce del fuero de la Real casa para todos los dependientes y servidores de la misma Iglesia. Ausiliando á aquel esclarecido Prelado en las tareas de un apostolado laboriosísimo, sufrimos á su lado las terribles peripecias

de los tiempos , y allí hemos sido cuasi víctima de los furores de la revolucion , y de las provocaciones que su impía conducta ha producido. Consolábanos empero en la tribulacion , el reflexionar que nó por voluntad nuestra, sino por disposicion de Dios , nos hallábam^{os} en el seno de un país esencialmente católico , de patriarcales costumbres, correlativas á la pureza de su fé; de carácter nóble y elevado, tal como la integridad de la fé inspira. Decia nuestro inolvidable Sr. Obispo Uriz en su carta pastoral de 28 de Octubre de 1865 estas memorables palabras: «Brilla el nombre de Navarra «con todo el resplandor de su límpia historia , y con «las glorias de un país de héroes cristianos , discípulos «de los Apóstoles; puesto que si los bárbaros del Norte «dieron con un Dídim^o y un Veriniano, que les obli- «garon á retroceder y derramarse por las Galias , la «existencia del Obispo Liliolo el siglo VI en esta mis- «ma sede, que aunque indigno ocupamos, responde de la «ortodoxia de nuestra fé; de manera, que mientras Es- «paña ardía en el fuego del arrianismo, Navarra man- «tenia su catolicismo ileso, y la restauracion del cato- «licismo hecha en los otros reinos por Recaredo , nada «tuvo que hacer en el de Navarra. Leire , ese insigne «monasterio , base de nuestra nacionalidad y paladion «de nuestros mas esclarecidos timbres , proclama la «integridad de nuestra fé y de nuestra honra en la «época de la dominacion sarracena ; y los picos de So- «rauren y las breñas de nuestro Carrascal , mejor que

«los monumentos de manos de hombres , pregonarán á
«todos los siglos como saludaron nuestros padres á los
«aguerridos batallones que á la voz del Capitan del si-
«glo pasearon triunfantes por toda Europa , en las
«puntas de sus bayonetas , los principios masónicos de
«1789 , rubricados con la sangre de millones de fran-
«ceses degollados para aplacar las iras del Moloch re-
«volucionario. En nuestro obispado jamás se ha con-
«taminado con el virus de la herejía la doctrina del
«Salvador del mundo , que en el primer siglo predicó
«á nuestros mayores el egregio San Saturnino: en la
«diócesis de San Ignacio y San Francisco Xavier nun-
«ca se ha proscrito ni condenado la religion de Aquel
«que fué crucificado en el Gólgota: en su suelo no se
«cuentan mártires, porque en ningun tiempo ha habi-
«do tiranos ni perseguidores. Navarra siempre ha sido
«católica, y con decir que ha sido siempre católica, no
«tenemos porqué esforzarnos en demostrar qué clase de
«virtudes han compuesto los florones de su hermosa y
«codiciada diadema. Navarra és y será siempre católi-
«ca: confiámoslo así en la bondad de Dios.»

Quede aquí consignada esta página como un recuer-
do de gratitud hácia un país en que hemos madurado
nuestro juicio al entender tan de cerca en la difícil
ciencia del gobierno de la Iglesia de Dios, y como un
bellísimo ejemplo, digno á todas luces de imitacion,
por el que enalteciéndose á Navarra como es justo , se
ofrece á las demás diócesis, sus hermanas, motivos de

gloria y santo regocijo, cuando á esta escitacion sientan vibrar con fuerza las fibras de su piedad en la unidad de la fé.

Y si para hacernos mas apto al arte del gobierno, y mas digno de vuestra simpática acogida, era conveniente un contacto hasta material con la Silla de Pedro, piedra y fundamento de la Iglesia de Dios, raiz de toda gerarquía y fuente de la unidad, tambien en esta parte hemos recibido nuestra iniciacion y bautismo. Hemos aprendido perfectamente el camino de Roma. En dos ocasiones solemnísimas, una con motivo del Centenar de San Pedro, y otra mientras permaneció abierto el Sacrosanto Concilio Vaticano, hemos tenido lugar de visitar y adorar el sepulcro de los Apóstoles, de besar el pié y recoger palabras siempre preciosas de los lábios del Vicario de Jesucristo. Su expreso llamamiento, y, nos atrevemos á decirlo, su ineludible mandato de retirar nuestra renuncia, habian de determinar al fin nuestra aparicion en esta hermosa isla, para llenar entre vosotros, con los auxilios de la gracia, los altos fines de la divina institucion del Episcopado.

Hé nos, pues, aquí en medio de vosotros. Desembarcado felizmente en el puerto de Ciudadela, nuestra amada ciudad, capital diocesana, hemos llegado, con la bendicion de Dios, á vuestros brazos, en los de vuestros dignos representantes los comisionados de ambos cabildos catedral y municipal, que á la prime-

ra noticia de nuestra salida de la córte, y mientras nos dirigíamos á saludar á nuestro muy amado y antiguo amigo, el metropolitano, Eminentísimo Señor Cardinal Barrio, Arzobispo de Valencia, se presentaron en Barcelona para aguardar nuestra llegada, y conducirnos á esta isla, cuyo suelo, santificado por la accion de nuestra Religion augusta, hemos besado con fervor al pisarlo por primera vez. Sus católicos habitantes venian hace ya tiempo saludándonos y felicitándonos de antemano, con esos nobles y cristianos sentimientos, con esas incomparables demostraciones de religioso júbilo y amor filial, que ahora mismo, al darnos á conocer personalmente, hemos descubierto, con gran contento de nuestra alma, en vuestros semblantes, y con la satisfaccion mas pura hemos leído en vuestros ojos. Los vítores y músicas, las colgaduras y arcos de triunfo, los juegos é iluminaciones, y demás extraordinarios festejos, y públicos y privados regocijos, con que, á nuestra entrada, habeis dedicado una ovacion completa á la Dignidad Episcopal, os honran, y pregonan vuestra fé vigorosa y proverbial piedad por todo el mundo.

Entra, pues, vuestro Obispo agradecido, y viene confiado.

Venimos porque Dios nos manda, y venimos á continuar las enseñanzas de la religion que os han dado nuestros ilustres predecesores, algo mas competentes por cierto que Nos mismo. Que nuestra competencia

en esta parte no estriba «en sublimidad de palabras, ni de sabiduría,» como escribía San Pablo á los fieles de Corinto, «para anunciaros el testimonio de Cristo; «porque no hemos creído saber algo entre vosotros, «sino á Jesucristo, y este crucificado.» De pusilanimidad y temor nos hallamos sobrecogidos bajo la mole del episcopado, como la llama San Clemente de Alejandría; y por ende, no será nuestra conversacion y nuestra predicacion «en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y virtud,» disponiéndoos vosotros mismos á que á nuestra voz se efectúen con la voluntad del Altísimo incesantes milagros de su gracia.

La gracia, si, que es la primera palabra que hemos escrito en esta carta; esa es, amados hermanos é hijos nuestros, la que os deseamos, ofreciendo al intento, como buen Pastor, si necesario fuere, nuestra vida por vosotros.

Con la gracia de Dios seréis salvos. Hacedos por tanto dignos de la gracia, para que en ella vivais, y en ella perseveréis hasta el fin. Bien sabeis por el Catecismo, que la gracia es un sér divino que nos hace hijos de Dios y herederos del Cielo. Es un buen pensamiento y un santo afecto que nos dá Dios por los méritos de su Hijo, para inducirnos á ejercer actos de virtudes dignos de su gloria. Es una llama divina que envuelve en sus arrolladoras ráfagas al entendimiento para iluminarle, al corazon para acalorarle y enarde-

cerle, á fin de que el hombre conozca á su Dios, y le ame y le sirva para su propio bien y seguro viaje á su bienaventuranza; ya que el conocer á Dios es la vida, el servir á Dios la corona. Vive anticipadamente en el cielo el que goza de la gracia de Dios, y reina como rey sobre sí mismo y sobre cuanto le rodea el que en posesion de la divina gracia trabaja por no perderla y se afana por acrecentarla.

Mas que la creacion y la vida que debe el hombre á Dios, es la union de Dios al alma del justo convertida por la gracia en templo del Espiritu Santo. Ved ahí, amados hermanos é hijos nuestros, el don de Dios por escelencia: su santa gracia. Sin ella, nada podemos en orden á lo que mas nos interesa sobre todos los bienes terrenos, que es nuestra salvacion; y con la gracia, somos omnipotentes para alcanzar ese grande y único fin, porque el Omnipotente es quien obra en nosotros. El alma, que en la tranquilidad de su buen proceder y en el gozo del alejamiento del pecado, levanta á Dios sus ojos, y bebe á torrentes su luz y sus potentes influjos, exclama con resolucion enérgica en los trances mas apurados de la vida: *Por la gracia de Dios soy lo que soy: todo lo puedo en Aquel que me conforta.*

Amadísimos diocesanos nuestros: en dos palabras pensamos encerrar todas nuestras exhortaciones pastorales: *Vivid en gracia de Dios.* Huid de la herejía y del pecado: vivid siempre en gracia de Dios. Vuestra

felicidad futura, y aun vuestra felicidad presente están vinculadas á esa vida sobrenatural con que Dios ha querido en su infinita bondad avalorar nuestra pobre vida natural, efímera y miserable. Si pues quereis ser felices, huid del pecado, huid las ocasiones de él, huid las malas lecturas, huid las malas escuelas, cerrad vuestros oídos á las pérfidas sugestiones de la herejía, del indiferentismo y la impiedad: vivid en gracia de Dios vosotros, y cuidad que vivan en ella vuestros hijos, de cuya administracion y buena ó mala direccion se os pedirá el dia del juicio terrible cuenta.

Dios mismo, tomando carne, y habitando entre nosotros, no vino á otro fin que á plantear acá abajo la vida de la gracia. *Venga á nos el tu reino.* Para eso lloró, enseñó, padeció, murió, y venció con su resurreccion gloriosa á la misma muerte, que es la pena, ó, como dicen las Sagradas Letras, *el estipendio del pecado*; y nos proporcionó con tan sublimes compensaciones de las humanas culpas el único principio de nuestra gloria. Para esto envió luego en union con su eterno Padre al Espíritu Santo, al Espíritu consolador que en llamas de fuego y amor habia de abrasar el mundo, y henchirlo de los dones de sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios, cual semillas preciosas que en variedad nunca vista de fecundísimas plantas produjeran esos admirables frutos que constituyen la vida racional del individuo y la vida de la sociedad; y sin cuya produc-

cion , toda civilizacion , llámese egipcia , griega , romana , ó europea , es una vana fantasma , una decepcion , una mentira. Una sociedad , en que por la gracia de Dios sean los individuos que la componen caritativos , joviales , pacíficos , sufridos , magnánimos , bondadosos , benignos , mansos , creyentes , modestos , contenidos y castos , esa es la verdadera sociedad civilizada , porque la ha formado el Espíritu Santo , y la componen hijos de Dios.

Y para que una sociedad así compuesta arraigára y permaneciera en la tierra hasta la consumacion de los siglos , y eslabonára sus intereses con los intereses del cielo por eternidades de eternidades , mediante la fecundacion de una misma palabra , y la virtud y la vida de unos mismos sacramentos , para esto el Hijo de Dios fundó su Iglesia á la que hizo una , y no mas que una , santa , y ella sola santa ; católica y universal , fuera de la cual no hay salvacion , y dentro de la cual no hay distincion de Judío y Griego , de ignorante y sábio , de enfermo y sano , de pobre y rico ; puesto que uno mismo es el Señor de todos , rico para con todos los que le invocan , y obran sus santos mandamientos.

Esta Iglesia una , santa , católica y apostólica es Jesucristo , que siempre aparece , que vive eternamente : es la encarnacion permanente del Hijo de Dios ; y de ahí que la sociedad de los fieles participe de las prerogativas del Redentor , y tenga parte en sus atri-

butos. Jesucristo pues , siendo el que es , y nó otro , siempre el mismo , hace que sea una la Iglesia. El Verbo se hizo carne , tomó una forma visible: de ahí que sea visible la Iglesia. El mediador es Dios: la Iglesia es infalible. Cristo es el sacerdote eterno: la Iglesia no tiene fin. En una palabra , como en Jesucristo la divinidad y la humanidad, aunque distintas entre sí, no por eso están menos estrechamente unidas , de la misma manera la Iglesia es á la vez divina y humana ; es *divina* , porque representa al Salvador de una manera viva; es *humana*, porque es una sociedad compuesta de hombres.

Así es , que el ministerio eclesiástico , la dispensacion de la palabra como la de los sacramentos , exigen una vocacion interior, una vocacion venida del cielo; y por esto , en la ordenacion de los sacerdotes son inseparables la consagracion interior y la exterior : la uncion celestial y la terrena van unidas una á otra. Depositaria la Iglesia católica desde Jesucristo acá de la palabra cristiana, y dispensadora de los misterios de Dios , no está obligada á reconocer á cualquiera que se erija en doctor y se proclame el ungido del Altísimo, como hacen los protestantes con solo venderse al tráfico de la Sociedad bíblica de Lóndres , cuya institucion no sube ciertamente á los tiempos apostólicos , ni es camino de salvacion, sino de perdicion; antes bien debe esta Iglesia santa instruir sus pastores, revestirlos del sacerdocio, y conferirles la facultad de admi-

nistrar la doctrina y los Sacramentos. Así la visibilidad de la Iglesia, y con ella su indefectibilidad, implican una ordenación permanente que de siglo en siglo sube hasta Jesucristo.

Porque nuestro divino Salvador envió á los Apóstoles; estos nombraron y establecieron obispos, que por una cadena no interrumpida, Nos el último entre los vuestros, se han perpetuado hasta nuestros días. Ved como ninguna secta de las que se titulan cristianas ó evangélicas, fuera de la Iglesia Católica, puede producir una señal exterior tan viva, tan elocuente como esta de la sucesión de sus Jefes y Pastores; y en ello el reconocimiento de la Iglesia verdad, contrapuesta á todas esas asociaciones mentira. Los rabinos del Judaismo ni los estableció Moisés, ni tampoco los conoció la sinagoga: abigarrada mescolanza de alcaldes y sacerdotes, su sola existencia es una violenta protesta contra el grosero anacronismo de ese desfigurado culto israelítico. Los ministros protestantes, bien sean metodistas ó evangélicos, y titúlense pastores, obispos ó lo que quieran, tienen su triste ascendencia limitada por el curso de solos tres siglos á Martin Lutero y Catalina de Boré.

Como á los herejes de su tiempo podemos preguntar con Tertuliano á los del nuestro: «¿Quiénes sois? «¿cuándo, y de dónde habeis venido? ¿con qué derecho, «Marcion, talas mi bosque? ¿con qué licencia, Martin, «extravías mis aguas? ¿con qué autoridad, Apeles,

«traspasas mis límites? Mia es la posesion: poseo el
«primero; tengo segura descendencia de poseedores
«legítimos.» (Lib. 37, *de præscrip.*)

En otro lugar de sus obras conjura el mismo Ter-
tuliano á los herejes con estas memorables palabras:
«Manifiesten pues el origen de sus iglesias: desen-
«vuelvan la série de sus obispos, de modo que, por
«una sucesion no interrumpida, el primer obispo que
«hayan tenido reconozca por autor y antecesor algun
«apóstol, ó varon apostólico en legítima comunion con
«los apóstoles, á la manera que la Iglesia Romana re-
«conoce á Clemente ordenado por Pedro. Prueben á
«presentar otro igual los herejes.»

Y á los Obispos, en la divina constitucion de la
Iglesia Católica, preside como Jefe, Cabeza, y Fuente
de todo honor y autoridad el Sumo Pontífice de Roma,
el sucesor legítimo y directo de Pedro, el Vicario de
Jesucristo. Si los Obispos deben reunir á los fieles en
un solo rebaño, como que Dios es uno, una nuestra fé,
y uno el bautismo por donde entramos en el divino
aprisco, es necesario que los mismos Obispos tengan
un centro de unidad, y que todos giren ordenadamen-
te en las respectivas órbitas al rededor de ese astro de
primera magnitud. Retirad de ese centro al Pastor su-
premo, al pontífice máximo, venerado de todos; y des-
de aquel instante desaparece la armonía, se trastorna
el órden: la Iglesia se agitará dispersa en medio del
mundo, y sus miembros como amputados, palpitarán

desterrados aun respecto de sí mismos. Esto conocen los protestantes, y hombres como son de rebelion y de revuelta, ellos que en todo andan divididos, levantando centenares de sectas, variando á cada paso, conforme á la condicion natural del error en que pululan, en todo andan discordes menos en un solo punto, y punto de ódio, para que á los ojos de todos aparezcan claramente hijos de error: el ódio al Papa. Porque el Papa es el lazo poderoso, que ciñe y mantiene mas fuerte que el de las antiguas haces romanas, todo el cuerpo místico de la Iglesia; porque el Papa, ese maravilloso sucesor de Pedro, lo afirma todo en la unidad.

¡Ah! todos los cristianos al mirar á esa incomparable figura del Pontífice Romano, deberian aprender á decirle con San Bernardo: «¿Tú, quién eres? El gran «Sacerdote: el Pontífice Sumo. Tú eres el Príncipe de «los Obispos, el heredero de los Apóstoles. En el pri- «mado Abel, en el gobierno Noé, en el patriarcado «Abraham, en el órden Melquisedech, en la dignidad «Aaron, en la autoridad Moisés, en la judicatura Sa- «muel, en la postestad Pedro, en la uncion Cristo. Tú «eres aquel á quien han sido entregadas las llaves, con- «fiados los corderos...; y no solamente de los corderos, «sinó tambien de todos los pastores, tú eres el único «Pastor.»

A este Sumo Pontífice establecido por Jesucristo en la persona de Pedro como Jefe Supremo de la Iglesia,

es á quien ha prometido el divino Salvador que el infierno jamas prevalecería contra ella , y que subsistiría hasta la consumacion de los siglos. ¿Vémos por ventura en la historia de diez y nueve centurias otra cosa que el cumplimiento de esta palabra en favor de la Iglesia Católica? En vano desde los primeros siglos han venido todas las herejías á caer sobre ella; ha triunfado siempre, como triunfó al principio, de la rabia y encono de todos los tiranos. Los arrianos, que llenaron de sus errores el mundo cristiano, han desaparecido en el momento en que parecia iban á arruinar la fé para siempre; igual suerte ha cabido á todas las falsas iglesias, han cedido ante la verdadera; y el protestantismo va desmoronándose tambien de dia en dia, hasta que desvanecido caerá del todo, por mas que trate vanamente de luchar en su prolongada agonia, y por mas que en ódio á la santidad de la Iglesia Católica, le apoye con todas sus fuerzas el cesarismo moderno.

Decia en una de sus pastorales el inolvidable señor Costa y Borrás, nuestro primer maestro del órden episcopal, á quien somos deudor de grandes favores en los primeros pasos de nuestro sacerdocio: «Aquí se «ha pretendido inocular el protestantismo, como si un «soplo de aire mortífero pudiera vivificar ese monstruo «de cien cabezas, que está agonizando; pero todo en «vano, merced á una especial providencia de Dios.» En una época en que de los frios páramos del protes-

tantismo se pasan á las risueñas campiñas católicas hombres que se llaman Manning, Newman, Faber, lord Bute, y tantos otros que componen la aristocracia de la ciencia, de la sangre y hasta la del oro, ninguna alarma puede causar la seducción localizada de algunos pobres incautos ó indigentes.

La corriente viene impelida por la mano de Dios, y su curso inevitable lleva las almas del protestantismo al catolicismo, y nó en sentido contrario. Testigo el movimiento de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde con el acrecentamiento de la riqueza, se pronuncia cada dia mas vehemente la sed de la verdad religiosa; y la propagacion del catolicismo raya en ambas naciones en lo portentoso. Los ecos de la voz potente y libertadora de Daniel Ó Connell no resuenan ya aislados y solitarios en las frondosas cañadas de la verde Erin, sino que difunden el amor de la religion y la paz de la gracia á todos los confines de la Gran Bretaña. La libertad de los Estados Unidos disipa sin inconsecuencias todo obstáculo á la expansiva vida del catolicismo, y esta vida se desarrolla libre y feliz bajo el pabellon de las estrellas. Si el gran Leibnitz, esa preciada flor casi católica del protestantismo, creia en su tiempo la posibilidad de una vuelta en masa de los protestantes al catolicismo: si hace veinte y cinco años, Meinhol retardaba su abjuracion formal para poder volver al seno de la Iglesia con una legion de otras almas desengañadas ¿quién seria tan pusilánime que temiera la des-

membracion de la Iglesia por el protestantismo , cuando tantos cristianos de todas las confesiones ya hace años se vienen uniendo en una comun admiracion de la autoridad personificada en un Pontífice tan escelso como Pio IX? Cuando todas las fuerzas religiosas del mundo convergen rápidamente hácia el centro de unidad de Roma ¿temeríamos nosotros , y sobre todo los españoles, á los impotentes conatos de un puñado de hombres que olvidados de la religion en que han nacido, y que amorosamente les llama á su seno , sirven quizá inconscientemente con torpe propaganda meto- dista y mal llamada evangélica, á extrangeros enemigos de España, y del honor é integridad nacional?

No muere nó la fé española por medios tan rateros é indignos. A la manera que la Iglesia, en cuyo seno vive, permanecerá siempre en pié é inalterable.

Segura la Iglesia católica de las promesas de su divino Fundador , deja rugir á sus piés las tempestades, y rodar la sucesion de los siglos. Contra esta roca fortalecida y afirmada por la mano del mismo Dios , vienen á estrellarse las furiosas oleadas del infierno. Nó, ella no perecerá jamás , porque es inmortal como el Dios que adora. A nosotros , sus hijos, nos toca bendecir la providencia , que se ha dignado concedérnosla por madre; á nosotros , interesa sobremanera seguir fielmente el camino del cielo en el que ella nos ha introducido , y por el cual ella sola sabrá guiarnos con mano firme y segura.

Pues tampoco perecerá la fé de España. Si en dias
ciagos, ignominia de esta nacion generosa, hemos
visto *arrojada por un balcon* nuestra preciosa unidad
católica, esa idea grande para toda alma grande, ese
sentimiento tierno y consolador para todo corazon bien
puesto, lazo estrecho y preciosa joya del reino que
acierte á poseerla, á la que somos deudores de nuestra
nacionalidad, de nuestro carácter y de nuestra histo-
ria; la unidad católica, victoriosa mañana cual otro
lábaro de Constantino, dominará los mezquinos círcu-
los que hoy la combaten, y sin contradiccion de nin-
gun género, será como siempre la corona de nuestras
ciudades, la vida de nuestros campos, la luz de nues-
tro cielo. Que la gloriosa cruz de Covadonga, de So-
brarbe y de Roncesvalles, no ha perdido aun ningun-
o de sus brazos, á pesar de los rudos golpes que ha
recibido: es nuestra cruz roja de San Jorge, ama-
dos menorquines, flanqueada por cuatro cabezas de
reyes moros; es nuestro famoso blason de las cata-
lanas barras, trazadas en campo de oro con la san-
gre de nuestros soberanos condes: las barras san-
grientas, del oriente y del occidente vencedoras, en
las que San Bernardo vió tan clara la significacion
de los cuatro palos de la cruz del Redentor. Nó: por
esta santa y adorable cruz, no consentiremos que por
dar gusto no se sabe á quién, y no pidiéndolo nadie
en España, continúe anulada nuestra unidad religiosa
por un golpe dado de arriba abajo, sin atendibles exi-

gencias de abajo arriba. Invadirémos para ello las antecámaras de los magnates, hasta deponer á sus piés nuestras honradas y pacíficas protestas, llenarémos los parlamentos de nuestras peticiones, poblarémos el aire de nuestros gemidos, hasta que nos devuelvan nuestra preciosa unidad. Nó: no renunciámos, ni renunciáremos nunca á este gran principio de nuestra nacionalidad, á esa base fundamental de nuestros códigos, á este noble secreto de nuestra fuerza y de nuestra preponderancia entre las naciones de la tierra.

No se presta este escrito, ya muy difuso, á enumerar detenidamente los males que se originan en un pueblo de la destrucción de la unidad religiosa.

Diremos no obstante en tésis general, que no se destruye la unidad de un objeto sin destruir el mismo objeto. Romper la unidad religiosa en España, es matar la religion en España, y es matar á España; porque es matar el alma de esta generosa y católica nacion. Si *los Obispos*, como dice el historiador protestante Gibbon, *han hecho la Europa, como las abejas hacen sus colmenas*, bien podemos afirmar que no son comparables el trabajo y diligencia de los seres mas industriosos, con los trabajos y diligencias de la Iglesia Católica por conformar el cuerpo y el alma de la nacion española. Ella nos asimiló los bárbaros del Norte, y con la conversion de sus reyes y sus barones, abrió la era inmortal de aquellas cortes-concilios en que el Obispo era á la vez legislador político y reli-

gioso, y se daba al mundo y á la historia el espectáculo mas grandioso de las dos espadas dichosamente unidas. Ella dió el grito de guerra contra la barbárie musulmana, y creó el entusiasmo nacional, el entusiasmo que tan pronto se apaga, y le sostuvo en lucha de setecientos años hasta plantar las cruces de Isabel en las torres de la Alhambra, mientras que por una parte, descubria en occidente un mundo nuevo, que habia de perpetuar la luz del sol sobre los dominios de los reyes católicos, y por otra, sumergía en oriente la media luna en las ensangrentadas aguas de Lepanto. Ella, la que dando á España grandes reyes y grandes capitanes, sábios escritores y sublimes artistas, defendió y sacó á salvo la magnífica unidad del catolicismo contra los esfuerzos de las sectas disidentes y desorganizadoras del protestantismo. Ella, la que convirtiendo, segun su constante política, el sentimiento religioso en amor pátrio y santo ardor nacional, salvó nuestra independendencia en la primera década de este siglo; así como ella y solo ella, solo la Iglesia católica, en el vigor de su unidad no perturbada, y en el goze de la libertad que su santidad reclama, podrá confortar nuestra debilitada nacionalidad pátria, y hacerla capaz de una saludable restauracion y administracion perfecta, que son hoy por hoy sus altas empresas: y esto lo efectuará el espíritu de la Iglesia Católica, reuniendo los restos de nuestra antigua cohesion y fuerza, que, al derribar todas nuestras grandezas, el hu-

racan revolucionario ha dejado en pié ; y soplando sobre ellos, al modo que sobre los huesos áridos de la vision de Ezequiel, volverá á hacer nacion, volverá á *hacer pátria*, como no ha mucho oíamos á los mismos demoledores gritar despavoridos , de pié sobre el cadáver de la pátria, á la luz de los incendios de sus templos y de los talleres de sus industrias.

Confiemos en que así será , cualesquiera que sean los vaivenes de las cosas públicas, fiados los hijos de la Iglesia en nuestro propio trabajo, todo paz, todo caridad, todo solicitud por levantar los ánimos caidos, vigorizar los espíritus apocados , y abrasar en santo afan de obras buenas los corazones de todos. *In charitate Dei et patientia Christi*, conforme hemos adoptado por divisa de nuestras armas. La religion católica, y con ella la civilizacion verdadera , están hoy, como las santas mugeres en el Calvario, al pié de la cruz del Salvador , rodeadas de tinieblas , y de amagos de tempestad por todas partes. En tan espantosa desolacion, en tan desgarrador desamparo, brilla aun en nuestro cielo una luz de proteccion y esperanza. Es la Estrella de los mares ; es la SSma. Vírgen María. Es aquella por quien sonó en el Calvario voz de misericordia dirigida á la mísera humanidad: «ahí teneis á vuestra madre:» *Ecce mater tua*.

La que con su pié immaculado aplastó la cerviz del dragon infernal, y corredentora ella del linaje humano nos dió al Redentor del mundo; la que en toda la re-

dondez de este mundo tiene el singular privilegio de acabar con todas las heregías, que instintivamente huyen de la luz y devoción de María, como los murciélagos de la luz del sol; la que se dá en tantos títulos simpáticos y bajo tantas cariñosas advocaciones á las almas fieles para que estas la tengan mas á la vista, y ella esté mas cerca de ellas, y haga sentir hasta en los últimos rincones del hogar doméstico y en las soledades del desierto y de la mar su indeficiente y consolador amparo: ahí está, vida, dulzura y esperanza nuestra, para sacar á buen puerto nuestra preciosa unidad católica, la paz de esta nacion desventurada, la gloria de nuestros reyes, la luz y acierto de sus consejos, y la felicidad de todos en la union y concordia de todos.

¿No veis como buena y amorosa Madre, siendo para todos la misma, toma diferentes nombres segun los paises y las localidades, y se rodea de diferentes devociones para hacerse, digámoslo así, mas madre nuestra, para consagrar mejor á nuestras interminables necesidades sus incesantes desvelos? Ved sino sus repetidas y ruidosas apariciones en el seno de esa Francia, cuyo brazo enervado por sus vicios y sus desgracias no puede sostener la espada de Carlomagno, que es la espada de la Francia, y es la espada de la Iglesia Católica. Sin mirar á naciones extrañas, bien que para el católico nada hay extraño, entre nosotros mismos los españoles, los hijos de María, los que vivimos bajo

el celeste manto de su Concepcion Inmaculada, no contamos por menor número, ni menos eficaces, sus prodigios de todos los dias. Si los catalanes, vuestros aborígenes, viven bajo la tutela y proteccion de Nuestra Señora de Monserrat, á quien llaman la perla de Cataluña y la paloma de sus montañas; y los aragoneses, vuestros antiguos libertadores, gozan de la tutela y proteccion de Nuestra Señora del Pilar, que desde la vida mortal de la Reina de los cielos los rodea de portentos, y los colma de bendiciones; ¿qué no teneis vosotros que contar, qué no os han contado vuestros mayores, de la accion benéfica y salvadora de la Santísima Virgen, que con devocion secular honrais y venerais en Monte-Toro, y cuya milagrosa imágen os escita tantos y tan gratos recuerdos, y os representa tantos y tan singulares beneficios? Hé ahí el faro de vuestras almas en la borrascosa noche de la vida, el baluarte de vuestros mas sagrados intereses, y el paladion de vuestras glorias mas puras. Suprimid, si á tanto os atreveis, esa Virgen; coronad de otro culto no católico ese siempre bendito monte, y veréis qué cerazon envuelve y sepulta en horribles abismos vuestra hermosa isla. Seréis las avecillas inocentes, á quienes el gavilan en silencioso vuelo acosa para devorarlas: seréis los niños recién nacidos, á quienes la guadaña de la muerte ha segado en flor la vida de amante madre.

Ahí la teneis, en la cumbre de ese sagrado monte,

elegido por su inquebrantable amor, y santificado con su celestial presencia, para que ahí se lea escrito y sea venerado su dulcísimo nombre, y luzcan ahí clavados sus ojos, y permanezca ahí su corazón todos los días. Y pues que ahí la teneis, y no se cansa nunca de esperaros, acudid á ella con intencion recta y conciencia limpia, con fé inocente, con la purificacion de los santos sacramentos, y la devocion de su santísimo Rosario, y Nos os lo fiamos: María os corresponderá como enseña el P. San Bernardo, y os habrán repetido mil veces, y consta de las lecciones que reza la Iglesia en la Natividad de Nuestra Señora, y os recordaremos con solo citar estos piadosos consejos: *pensad en Maria, mirad á Maria, invocad á Maria.*

A sus immaculados piés renovaremos nuestra profesion de fé católica, comprometiéndonos todos á observar en nuestros respectivos estados las exhortaciones del Apóstol, reducidas á amarnos sin fingimiento, aborreciendo lo malo, aplicándonos á lo bueno: amándonos recíprocamente con amor fraternal, adelantándonos para honrarnos los unos á los otros. Nada perezosos en hacer el bien: fervorosos de espíritu sirviendo al Señor. En la esperanza gozosos: en la tribulacion sufridos: en la oracion perseverantes: socorriendo las necesidades de nuestros prójimos: ejercitando la hospitalidad: bendiciendo á nuestros perseguidores, bendiciéndoles y nunca maldiciéndoles. Alegrándonos con los que se alegran: llorando con los que lloran; sintiendo entre

nosotros una misma cosa , no blasonando de cosas altas , sino acomodándonos á las humildes. No pretendiendo que prevalezca nuestro propio juicio solo por ser nuestro , y sin respeto alguno al de los otros , ó dando á entender que no necesitamos del consejo , ni de las amonestaciones de nadie; no pagando á nadie mal por mal , procurando bienes , no solo delante de Dios, sino delante de los hombres ; y en cuanto sea posible , sin faltar á la justicia, á la piedad y á la verdad , teniendo paz con todos nuestros semejantes.

Al ejercicio de las virtudes cristianas llamamos á todos , porque á todos queremos abrir de par en par las puertas del reino de los cielos. Para todos pedimos á Dios la paz ,—*dona nobis pacem*,—y con el fin de conseguirla , trabajamos por obtener entre los cristianos un orden fundado en la gracia y los dones del mismo Dios. Sin la gracia de Dios, es imposible el orden, porque el pecado , que es negacion y desorden , no dá de sí otro fruto que desórdenes y delitos; y sin el orden, es imposible la paz , porque dislocadas las cosas de su asiento, en vano es buscar la expansion , la armonía y el reposo que producen la paz. Vengan pues todos, hasta los mas refractarios , á nosotros; y disfrutaremos la paz , que el mundo no puede dar , pero que dá Dios abundantemente al alma que no resiste á sus santos llamamientos y amorosos influjos.

Obtenida la paz del alma , en paz el individuo con Dios y consigo mismo , será muy fácil el ponerse de

acuerdo entre sí los hombres de buena voluntad, si como decia un célebre publicista, el honrado Aparisi, los hombres que oyen misa se reúnen para formar el grande ejército que sin *krupps* ni *plasencias* ha de conquistar las naciones á la corrupcion y al desórden, y garantir la posesion de su prosperidad y pujanza. Entonces podremos celebrar la incomparable felicidad de lo pueblos, bajo el pacífico régimen de la ley de gracia, libres del triste espectáculo que ya en su tiempo deploraba el poeta Virgilio como la mayor de las desdichas, de que los instrumentos de la agricultura se convirtiesen en instrumentos de guerra, esto es, las hoces para segar las mieses en espadas,

Et curvæ rigidum falces conflantur in ensem;

gozando nosotros con el favor del Altísimo, la indécible dicha de ver, en espresion del profeta Miqueas, las espadas convertidas en rejas de arados, y las lanzas en azadones:

Et concident gladios suos in vomeres, et hastas suas in ligones.

Entre el infecundo laurel, corona de militares triunfos, y la fructífera oliva, simbolo de la paz, nos abrazamos con toda nuestra alma á la oliva, y le pedimos á Dios que los labradores no salgan de sus campos, y vengan los soldados á ayudarles en sus provechosas labores.

¿Cuándo querrá el Señor poner en paz las almas, respirando todos una misma fé, participando de unos

mismos sacramentos , manteniendo unas mismas costumbres, en el seno de una misma Iglesia , sin divergencias, sin disidencias, sin frialdades? ¡Oh santa unidad católica! ¿cuándo será que descieras otra vez de los cielos á reunir y estrechar con una sola celestial lazada los corazones de todos los españoles?

Será , amados diocesanos , cuando los españoles lo queramos de veras; que Dios dé siempre á los pueblos lo que merecen en gobiernos , en instituciones y vínculos sociales. Si estamos mal , si cada día nuestro malestar se agrava, no culpemos á nadie, ni á los gobiernos, ni á las instituciones , ni á los tiempos: culpémonos á nosotros mismos. Reformémonos , y se reformará el mundo. Seamos buenos católicos , y el mundo tendrá que hacer católicas sus leyes, católicas sus escuelas , y hasta sus diversiones serán católicas.

Que sea en todos y en todo una verdad vuestra consagración al sagrado corazón de Jesús, solemnizada no há mucho en esta diócesis, en cumplimiento de los deseos del Sumo Pontífice. Nos , hemos adoptado por principal empresa del escudo de nuestras armas, ese divino Corazón al que vivimos humilde y fervorosamente consagrado, como prenda y firme garantía de que cesarán en nuestra privilegiada isla las blasfemias y la profanación de los días de fiesta , se cerrarán las escuelas de los herejes, camino recto del infierno para vosotros y vuestros hijos , se alcanzará la conversión

de los pecadores, y se sacudirá la indiferencia de tantos otros, los cuales aunque han logrado la suerte de pertenecer á la verdadera Iglesia de Jesucristo, no toman á pechos lo que toca á la gloria de Dios y al bien de la misma Iglesia; al paso que así mismo llegará á conseguirse que aquellos otros católicos que dan muestras de serlo en las muchas obras exteriores de caridad que practican, pero que harto tenaces en sus propias opiniones rehusan someterse á las decisiones de la Santa Sede, y nutren sentimientos que no concuerdan con su Magisterio, se reconozcan y enmienden, persuadiéndose á que los que no escuchan á la Iglesia, no escuchan á Dios que está en ella.

Teniendo pues presentes estos santos fines de nuestra universal consagracion al Santísimo Corazon de Jesús, en sus senos abrasados de amor á los hombres nos hemos encerrado con tanto mayor ahinco al inclinar nuestros flacos hombros para recibir la pesadísima carga del Episcopado, cuanto que nos hemos persuadido encontrar así con mas seguridad vuestras almas al llevar adelante la incesante obra de labrar juntamente con la nuestra propia, vuestra santificacion, y echar el sólido cimiento á nuestra comun felicidad temporal y eterna. Muramos pues al mundo y á sus vanidades, á sus errores y á sus torpezas; adquiramos de una vez la virilidad del cristiano, que es la entereza de la virtud, contra ese espíritu, que no es ni religioso ni español, sino anticatólico y muy extranjero,

contra ese furor sectario que lo inunda todo de naturalismo en religion, de racionalismo en filosofía; y digamos resueltamente: *Mortuus sum*: he muerto, y mi vida está escondida en el amantísimo corazón de mi Dios.

A nuestro amadísimo Clero saludamos hoy como á nuestro natural coadjutor, que Dios nos ha dado, para que sostenga nuestro báculo en la divina misión de apacentar esta preciosa porción de su grey, que vive acogida bajo el manto maternal de Maria en esta hermosa isla toda suya. Al muy ilustre Dean y Cabildo de nuestra santa Iglesia dedicamos un voto de omnímoda confianza en su sabiduría y prudencia, ya que constituyen nuestro Senado, y en su consejo hemos de librar el acierto en las disposiciones mas graves. A nuestros venerables párrocos les reconocemos con santo placer compartícipes de nuestra solicitud pastoral, ya que ellos por su ministerio tocan mas de cerca las necesidades de las ovejas de Cristo. Y á estos y á los demás sacerdotes, en cualquier grado del público servicio de la Iglesia que se hallen, les repetiremos con el Evangelio en la mano: *Vosotros sois la luz del mundo, y la sal de la tierra*. O segun la bella frase pronunciada en el concilio provincial tarraconense de 1685: *Sou com las abellas, portant la mel en la boca y la cera en las mans*. Y proseguiremos con el melífero San Bernardo: «Considerad la extensión de vuestras obligaciones, y la grande santidad que Dios os pide:

«debeis ser protectores de la verdad , defensores de la
«ley, los doctores y conductores de las almas que os
«están encargadas: á vosotros toca poner en orden al
«pueblo, reprimir la insolencia de los malvados , y
«manifestar que sois los verdaderos pastores: los opri-
«midos deben tener en vosotros un refugio, los pobres
«un poderoso abogado, un tutor diligente los pupilos,
«las viudas pronto socorro , y todos los infelices un
«asilo el mas seguro: el Pastor, en lenguaje de la Es-
«critura, será el ojo de los ciegos, el báculo de los an-
«cianos, el vengador de los delitos , la gloria de los
«buenos, y el amoroso padre de todos.»

Sea pues vuestra conducta la mas ejemplar, y vues-
tra doctrina la mas sana , teniendo presente aquella
sentencia de San Isidoro : «que la ciencia sin virtud
«hace al sacerdote altanero, y la virtud sin ciencia le
«hace inútil.» La buena conversacion, el prudente re-
tiro, y la inocencia del trato, dentro y fuera de casa,
deben hacer respetables vuestras personas aun á la
consideracion de los malos. No os dejeis ver de nadie
sin vestir el traje talar. Los pueblos necesitan así de
nuestro buen ejemplo y porte exterior, como de nues-
tra enseñanza y consejo; y se los debemos hasta en los
mas mínimos detalles é insignificantes pasos. Que al
veros las gentes, os saluden obsequiosas , y los fieles
se sientan agradablemente inclinados á besaros la ma-
no santificada con la uncion del sacerdocio y el diario
contacto del cuerpo santísimo de Dios vivo; y los tí-

bios é indiferentes, ó, por desgracia, disidentes, reconozcan á todas horas en vuestras personas á los hombres ungidos por la tradicion para derramar la sangre, nó como el soldado por valor, nó como el magistrado por justicia, sino como Jesucristo por amor; y, en fin, que hombres de Dios, sois los hombres del sacrificio, con que diariamente reconciliais el cielo y la tierra, y todos los dias anunciáis á toda alma las verdades primordiales de la vida, de la muerte y de la resurreccion.

Los medios de que os habeis de valer para hacer grato á los pueblos vuestro ministerio, y acudan estos á frecuentar los santos sacramentos de vuestra mano, y reciban de vuestros lábios la doctrina del cielo, así como para ojear los lobos que asoman por las bardas del redil, entendedlo bien, no son, despues de la oracion, medios de fuerza, ni materiales, sino intelectuales y morales: *Arma militiæ nostræ non carnalia sunt.*

El exclusivo empleo de los medios intelectuales y morales nos dará siempre un resultado feliz, bien sea que hayamos de luchar contra lo inicuo de determinadas situaciones políticas, bien contra lo refractario, ó quizás agresivo de las masas. Hablamos en general, y sin que preveamos semejantes conflictos para esta dichosa isla; formamos empero parte de un grande ejército, que ha de pelear pacíficamente las batallas del Señor, hasta la efusion de la sangre, si necesario fuese, nó la de nuestros adversarios, sino la nuestra.

Somos ministros de paz: lejos de nosotros el estrépito de las armas. Hay guerras justas, es verdad; pero tambien sabemos que lo que se puede hacer con la pluma, no se debe hacer con el sable, y que no hay cuestion, por grave que sea, que no admita solucion pacífica, siendo los hombres lo que deben ser. Que el espíritu religioso en España es guerrero, no hay que dudarlo: lo dice la historia, y es fruto de la enseñanza tradicional de once siglos, en que la España ha sido el caballero armado, que ha guardado las puertas de la ciudad santa. No es el Clero el autor, ni el instigador de las guerras; que nada se infiere de que cuatro sacerdotes contados, y no más, entre cuarenta mil, esgriman el homicida acero: es mucho mayor y ménos desproporcionada la cifra que arrojan las otras clases... Y aquí nos detenemos, porque no es nuestro ánimo hacer historia, ni entrar en su filosofía. Solo diremos que en 1867 no habia guerra civil.—Por lo demás, el Clero español sabe bien á qué atenerse: quien levanta á Dios el cáliz con la sangre del Cordero sin mancha, no desenvaina espada, ni coopera á que otros la desenvainen para derramar sangre humana. Y por traerlo la afinidad de la materia, séanos aquí permitido aludir á la lucha electoral, lucha harto parecida á las militares, y en la que no es lo ménos comun el derramamiento de sangre. Ni armas, ni urnas. Jamás se ha acercado vuestro Obispo á las urnas electorales, ni ha intervenido en la formacion de sus mesas. He-

mos sí, en lo que ha cabido, y del modo que es lícito al sacerdote, influido por que se mandasen á las Córtes hombres de bien: de los que oyen misa, confiesan y comulgan. ¿Querrá nuestro amado clero menorquin imitar ahora y siempre nuestro ejemplo? Nos daría en ello la mayor de las satisfacciones.

Por eso no nos faltarán recursos. «Si se han gasta-
«do,» concluirémos con nuestro insigne Balmes, «las
«armas de la fuerza, nos quedan todavía otras de me-
«jor temple: el vigor del entendimiento, y la energía
«de la voluntad. La prensa bajo todas sus formas, las
«asociaciones, ora perpétuas, ora intermitentes, las
«exposiciones firmes, las protestas templadas y deco-
«rosas, en una palabra, la luz intelectual y la energía
«de los sentimientos morales, he aquí las armas de
«nuestro siglo: armas propias del hombre, cien veces
«preferibles á la fuerza material, que nacen de la ilus-
«tracion de entendimiento, de la suavidad de costum-
«bres, que revelan la conciencia de la dignidad hu-
«mana, que triunfan tarde ó temprano cuando se las
«emplea en defensa de la justicia y de la verdad. Na-
«die puede usarlas mejor que la Religion, pues que en
«ella se encuentra el cimiento de toda verdad, el ma-
«nancial de justicia.—Convénzanse de esto los hom-
«bres religiosos de España: no identifiquen la causa
«eterna con ninguna causa temporal; y cuando se
«presten á alguna alianza legítima y decorosa, sea
«siempre conservando aquella independendencia que re-

«claman sus principios inmutables. No es la política
«la que ha de salvar á la Religion, la Religion es
«quien ha de salvar á la política: el porvenir de la
«Religion no depende del gobierno, el porvenir del
«gobierno depende de la Religion; la sociedad no ha
«de regenerar á la Religion, la Religion es quien debe
«regenerar á la sociedad.»

Dirijimos ahora á nuestras apreciabilísimas Religio-
sas dos palabras para decirlas que considerándolas, con
los mas distinguidos doctores de la Iglesia, como la
porcion mas ilustre de la grey del Señor, el cuidado
que por nuestra posicion en la diócesis de Pamplona
estábamos por tantos años acostumbrado á dedicarles,
se lo dispensaremos ahora á las de nuestra diócesis de
Menorca, con la plenitud que exige el lleno de la fi-
liacion y obediencia que á Nos las liga. Son para
Nos las flores escogidas, que esparcen en el campo de
la Iglesia el aroma de las virtudes, y son la suprema
necesidad de nuestros tiempos, en que abandonadas las
gentes al fomento de los intereses materiales, con com-
pleto olvido de otros intereses de infinitamente mayor
valía, no se acuerdan de levantar el corazon à Dios y
pedirle lo que necesitan, siendo así que necesitan tan-
to; mientras que las pobres monjas, las inocentes reli-
giosas, en la pureza y elevacion de sus almas, prestan
ante Dios con sus méritos y virtudes, su fianza y cau-
cion de indemnidad por las faltas ajenas, y le hacen
fuerza con el continuo quejido de la oracion en benefi-

cio del mundo distraído , que , si muchas veces se vé sorprendido con el buen éxito en sus empresas , sépalo , si no lo ha aprendido aun , es deudor de ello á las oraciones de las Religiosas.

A esas oraciones bien hechas , y que tanta seguridad nos inspiran , apelamos ahora , y tambien á las del Clero , y á las de todos los fieles ; porque Dios quiere oír la oracion en comun , para que en cumplimiento de la doctrina del Apóstol , que nos amonesta que «ante «todas cosas se hagan peticiones , oraciones , rogativas , «hacimiento de gracias por todos los hombres , por los «reyes y por todos los que están puestos en altura , para «que tengamos una vida quieta y tranquila , en toda «piedad y honestidad ,» rogueis y roguemos todos , por la intercesion de nuestra muy amada y muy venerada SSma. Virgen de Monte Toro , de San Anton patrono y defensor de la isla , para que esta interesante porcion de la viña del Señor reciba por dó quier un mismo cultivo , un mismo riego , y produzca unos mismos frutos de salud temporal y eterna : que así como Dios es uno , y una y única su Iglesia , y una la fé , y unos los sacramentos , «hableis todos» como inculca el Apóstol , «unas mismas cosas , y no haya cismas ni divisiones entre vosotros , que os perfeccioneis en un mismo «modo de sentir , y en una misma profesion de fé.»

Rogad por nuestro SSmo. Padre el Sumo Pontífice Pio IX , á fin de que Aquel de quien hace treinta años

es Vicario en la tierra explique el milago de su extraordinamente dilatado y nunca visto pontificado con el triunfo definitivo de la Iglesia y de la verdad católica sobre todas las potestades hostiles y sobre todos los errores de la presente época.

Rogad por el augusto Monarca reinante, señor Don Alfonso XII, la Serma. Sra. Princesa de Asturias y toda la real familia; y por la unidad, la paz y la prosperidad de la nacion española.

Rogad en fin por vuestro indigno Obispo, que es quien mas necesita de la comun oracion, si, como es su deseo y propósito, ha de hacerse todo para todos.

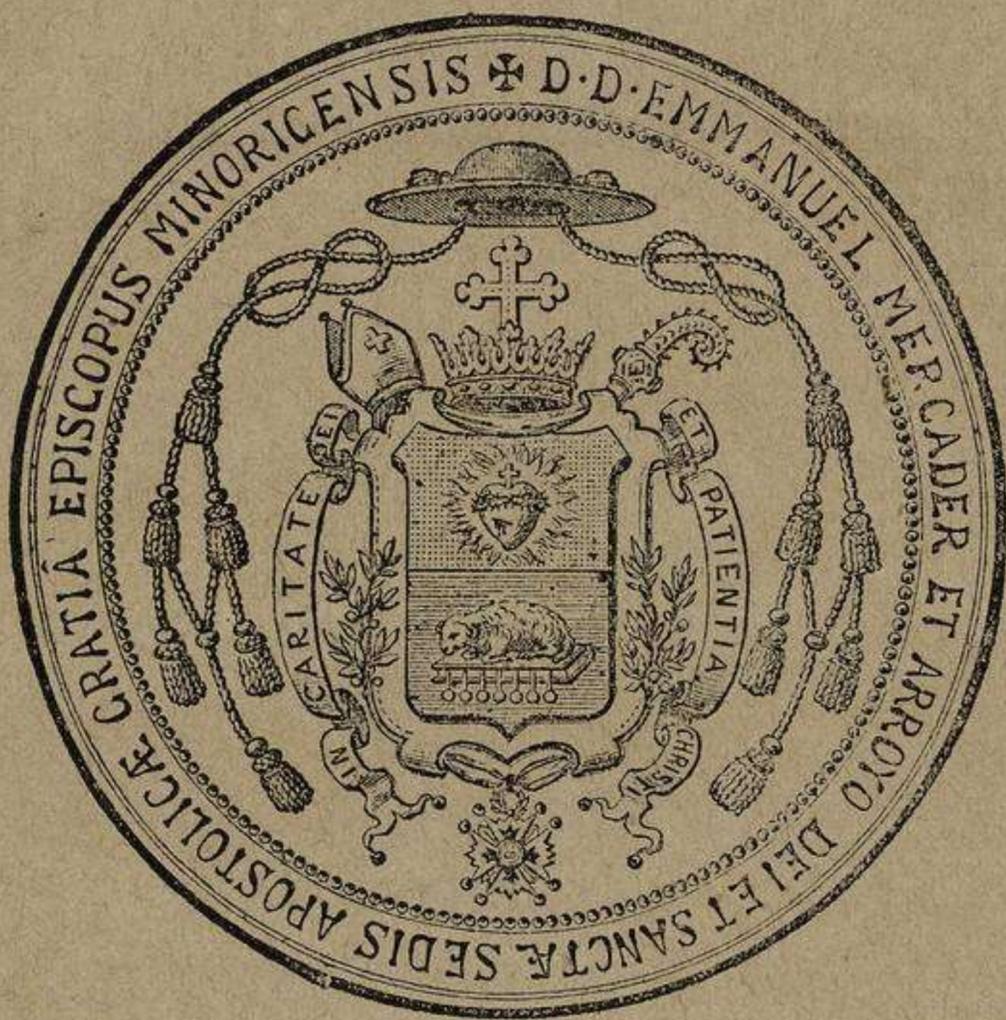
Y «el Dios de nuestra esperanza os colme de todo gozo y paz en vuestras sanas creencias» mientras que con toda la efusion de nuestra alma y todo el amor de nuestro corazon os mandamos las primicias de nuestra bendicion pastoral en el nombre del † Padre, y del † Hijo, y del † Espíritu Santo.

De nuestro palacio episcopal de Ciudadela de Me-

norca, el día de nuestra pública entrada, 30 de Enero de 1876.

MANUEL,

Obispo de Menorca.



POR MANDADO DE S. S. I. EL OBISPO MI SEÑOR,

Dr. D. Lorenzo A. Pons y Pons,

Beneficiado Secretario.



Los Sres. Párrocos darán conocimiento de esta carta pastoral á sus feligreses en la forma que estimen mas conveniente.

60-

22